

Palabras que importan ¿Cómo se dice lo que se dice? Una lectura feminista en época de pestes¹

Words that matter. How do you say what you say? A feminist reading in times of plagues

Natalia Monasterolo²

Universidad Nacional de Córdoba. Argentina

Revista Derechos en Acción ISSN 2525-1678/ e-ISSN 2525-1686

Año 6/N° 20 Invierno 2021 (21 junio a 20 septiembre) p. ej.: 125-180

<https://doi.org/10.24215/25251678e544>

Recibido: 01/09/2021

Aprobado: 15 /09/2021

<https://orcid.org/0000-0001-8177-3731>

Resumen: ¿Qué nos dicen las palabras cuando dicen lo que dicen? Este es, podría asumirse, el interrogante central que impulsa este texto y que, al mismo tiempo, lo completa. A partir de los devenires impuestos por la irrupción del coronavirus en el espacio relacional y los discursos políticos tejidos en derredor, la pregunta por la palabra

¹ La atenta lectura, el agudo detalle para la observación y la amorosa escucha de mi compañera de viaje Laura Sánchez, con quien tramamos un quehacer feminista que se extiende desde la teoría a la acción, constituyeron aportes fundamentales para la elaboración de este texto; el eco de sus palabras está presente en las mías.

² Feminista. Activista por los Derechos Humanos y la Salud Mental. Doctora en Derecho y Ciencias Sociales por la Facultad de Derecho de la Universidad Nacional de Córdoba. Docente de Derecho Penal I de la mencionada Facultad. Miembra activa del Seminario Interdisciplinario de Salud Mental y Derechos Humanos del Centro de Investigaciones Jurídicas y sociales de dicha Facultad y del Seminario permanente de Feminismo y Derecho Penal radicado en el mismo Centro.

pretende inaugurar un terreno de lectura sensible acerca de la muerte, la enfermedad y el cuidado como dispositivos lingüísticos utilizados por el patriarcado. En ese punto, traza línea de correspondencia entre paternalismo y liberalismo como esquemas de organización estatal que refuerzan la vigencia de la heteronorma. Frente a ello, alimenta la idea de una salida micropolítica amorosa, alejada del discurso del pater y más próxima, en su modulación, a las formas de mirar al mundo convidadas por un feminismo del lazo.

Palabras clave: Lenguaje, feminismo, enfermedad, cuidado.

Abstract: What do words tell us when they say what they say? This is, it could be assumed, the central question that drives this text and that, at the same time, completes it. From the events imposed by the irruption of the coronavirus in the relational space and the political discourses woven around it, the question for the word seeks to inaugurate a sensitive reading field about death, illness and care as linguistic devices used by the patriarchy. At that point, he draws lines of correspondence between paternalism and liberalism as state organization schemes that reinforce the validity of the heteronorm. Faced with this, it feeds the idea of a loving micropolitical exit, away from the pater's speech and closer, in its modulation, to the ways of looking at the world invited by a bonding feminism.

Keywords: Language, feminism, illness, care.

I. El peso de la palabra

Existe una operación subjetiva, casi una empresa de ingeniería sensible, en el cálculo que opera allí donde irrumpe la palabra, en el momento en que el vocablo ofrece su estética para señalar un camino, probablemente un horizonte.

No da lo mismo decir una cosa o la otra, aunque las palabras elegidas parezcan señalar un sitio común, incluso cuando comprometan una afectividad parecida. Madre o cuidadora, heroína o trabajadora, matrimonio o contrato; las

singularidades no hegemónicas entienden muy bien el mensaje que anida entremedio de esos duetos. Se trata de un discurso informe teñido de una impronta biopolítica potente para señalar, sutilmente, la línea que separa lo que está bien de aquello que está mal. Hay un dispositivo lingüístico que opera con fuerza en el espacio/tiempo por el que esas cuerpos son puestas a circular.

La madre se acoge a las órdenes del verdugo del placer, antepone a sus devenires deseantes el sacrificio heroico de la labor extenuante; por amor, entrega su carne, por amor, no pregunta, por amor soporta, por amor sostiene a fuerza de energía devastada un centenar de existencias parásitas, por amor se inmola, y si es necesario, si todavía no alcanza, por amor se anuda a la cintura una faja de bombas, listas para detonar, en cualquier momento y en cualquier lugar.

En el lenguaje tirano, o sencillamente determinista, la madre debe ser eso, incluso a costa de un lazo singular sensible; porque no parece relevante de qué modo se hilvana la carne con la querencia, de qué manera, madre, hijo, y todo lo que pueda gestionarse en ese encuentro cobran peso para llenar de significado a las palabras del par. Hasta la idea misma de persona se macera en esas puntadas de hilo que para el cálculo político de la lengua parecen irrelevantes³. Por eso la cuidadora queda oculta tras la mata del amor, al igual que la trabajadora y aquélla que por su contrato conyugal reclama una justa contraprestación.

Amor es aquí el término señuelo, el giro lingüístico eficaz para neutralizar otra forma de narrar. Bajo el destello del amor la madre no cuida, se “realiza”, la trabajadora no merece; reivindica su superioridad, y la esposa no contrata, porque hacerlo resultaría demasiado mundano, en extremo

³ Y qué otra cosa explicaría, sino es esto, que abortar se abroje sin intermediaciones a la idea de asesinar, sólo para impedir a los cuerpos gestantes elegir sin aprieto y sin apuros de qué modo actuar.

banal. No hay lugar para semejante chatura en la titánica carrera hacia la heroicidad.

Entonces no es en “madre” o “cuidadora” donde radica el asunto, tampoco en “heroína” o “trabajadora”, ni siquiera en “matrimonio” o “contrato”, la cuestión pasa y se tamiza por el colador del vocablo “amor” y por los materiales intangibles con los que se construye ese utensilio de articulación del poder. Lo que se diga y entienda por amor integra una empresa bien calculada para inclinar la balanza hacia uno u otro lado. Las palabras pesan en esta lógica pre-ordenatoria, y “amar”, en todas sus conjugaciones, porta el relato del sacrificio y la dominación, dependiendo, siempre, a quién se pretenda aplicar.

De modo que las mujeres, o las identidades no hegemónicas, harán lo que harán por entrega amorosa, de lo contrario, sencillamente, no amarán, ni serán amadas, y si así sucede, quedarán al margen del relato común, arrojadas a terreno hostil, colocadas en el punto del desencuentro; allí donde la letra se achica y las cosas no se nombran.

He pesado en este ejemplo para poner a rodar una idea quizá mayor; no despegada de esta, pero probablemente más ancha.

Persigo concentrarme en el peso de la palabra que obtura las preguntas, aquellos vocablos unidireccionados que liquidan el campo de la puesta en cuestión. Asumo así a la discusión y al intercambio de nociones variadas sobre un tema, o más, como campo, en tanto entiendo que en esa conjugación diversa coocurren posiciones antinómicas al extremo de tensionarse hasta el límite de sus posibilidades. Es al ritmo de esta dinámica que se retocan y construyen epistemologías, es al calor de esas fricciones que, entiendo, el conocimiento avanza sin pudores, y desde un feminismo que apuesta a la fuerza micropolítica de lo situado, asumo la necesidad de visibilizar las densidades lingüísticas bajo las cuales se asfixian los cuerpos marginalizados.

Por esa razón este artículo constituye, ante todo, un mapa de coordenadas imprecisas; deliberadamente imprecisas.

Parto de un vocablo denso y vago, una palabra que *no da igual*: “amor”, como sustantivo, “amar” como dinámica verbal. Un término que los feminismos han permitido mirar con otro ojo; deconstruir y reconstruir, vaciar y llenar de significados, conceptualizar de formas variadas para otra vez colocar el asunto bajo la fuerza centrífuga que al girar halla el centro, y luego, se pregunta por él. Eso es, me atrevo a señalar, lo que han podido hacer con la cariñosa palabra.

Me ubico en esta línea de largada porque creo que lo que diré a continuación converge en alguna parte con esto; incluso cuando visto de cerca, pero al pasar, emulen rutas distintas, en modo alguno conectadas por un viaje que conduce siempre al mismo lugar.

Experimentamos desde hace un año (meses más, meses menos, dependiendo del lugar en que habitemos), una época de profunda peste. No es la primera vez que esto sucede en la historia de la humanidad, basta con acudir a cualquier motor de búsqueda virtual para encontrar un océano de información al respecto, e incluso el motor quizá arroje un registro escaso comparado con el número total de pestes que azolaron al mundo. Y es que sabemos que la realidad suele estar mediada por la interpretación, y esta última por el aumento de las gafas con las que se la mire, a veces óptimas para el ojo chico y otras pensadas para corregir al estrábico.

Como sea, la irrupción del coronavirus de oriente a occidente y de occidente a oriente -lo cual también depende de la manera en cómo leamos el rumbo de los acontecimientos-, parece haber arribado para imponer un desencadenamiento de discursos, sensaciones, afectaciones, sentidos, meditaciones y subjetivaciones, que ubican al lenguaje y la palabra, de manera casi irrenunciable, en el centro de las disputas.

De qué modo se dice lo que se dice supone una premisa de codificación profunda, una secuenciación de símbolos lo

suficientemente dúctiles y delicados para operar con el sigilo de lo invisible. Semejante a lo que ocurre con el hilo que teje la trama sensible mientras los géneros dispuestos sobre la mesa compiten por color y textura; allí están, ubicados a la par, sin advertir siquiera la fina costura que los ha colado como parte del mismo edredón.

El nombre de un virus que ensaya la narrativa de la muerte una y otra vez, puede ser también el de un malestar pasajero; dolores musculares, líneas de fiebre, algo de tos. Convivimos con la enfermedad de un campo social infestado, y acostumbramos a cargar esas molestias como quien lleva en mano una valija prestada: Pesa, es un estorbo, pero resulta complicado abandonarla, podría costarnos el reproche y sin dudas una erogación no calculada para adquirir otra igual.

Asistimos a diario al espectáculo de la desaparición usualmente sin demasiada perplejidad: Hambrunas prolongadas, poblaciones arrojadas a la miseria y al hacinamiento; carnes apiladas en lugares inhóspitos con la promesa de un techo propio, con la urgencia de arribar al trabajo esclavo, con la obligación de purgar el castigo, o la locura. Ciudades atestadas de aire viciado y plagadas de figuras que de cerca, si se las mira mejor, son personas; cambios climáticos abruptos como señal de estar en frente, justo de cara, a un espiral de contaminación; síndromes extraños y violentos que sólo se registran con alguna nota de afectividad cuando se encuentran muy próximos, cuando parece no haber chance alguna de zafar; infancias marcadas por la malnutrición y por una línea de vida probablemente muy corta; millones de personas atravesadas por el olvido, ahí donde el alimento escasea, donde el medicamento no llega, donde la tierra se pone seca y hostil y todo ha sido apropiado, donde no existe espacio para las relaciones de cultivo y no hay lugar para el vínculo amoroso entre las manos y el grano.

Vemos la escena, el montaje perfecto de la muerte en cadena, y sin embargo, no prolifera el pánico ni la inquietud. A excepción de un reducido grupo preocupado por el asunto,

el resto -y no cabe aquí la moralina culpógena-, sólo observa impávido con algún dejo de tristeza la teatralización del drama humano; casi podría decirse que se asume el desenlace trágico como parte de la normalidad ¿Por qué esto no asusta?

Los interrogantes se hacen de palabras y entonces en donde se lee susto, se piensa en muerte, y en donde está la muerte de algún modo irrumpe la enfermedad. Si tan claro tenemos que vamos a morirnos todos porque como ya ha sido dicho -y lo ha expuesto con acierto Butler⁴-, somos entidades precarias ¿Qué es lo temible de la muerte? ¿Cuándo espanta o impresiona? Ontológicamente lo sabemos, excepto que alguien posea la fórmula del vampiro, irremediablemente moriremos, pero la cuestión no pasa aquí por la ontología, sino, como he señalado, por la palabra, incluso cuando para expresar una y otra cosa se utilice la misma.

Enfermar, enfermedad, proximidad muy próxima a la desaparición. Epidemia, pandemia, certeza casi absoluta de cercanía. Decirlo con esta carga, bajo este paraguas, borra de un plumazo la escena desafectada de todas las muertes y las pestes que buena parte de la población mundial mira con la misma perplejidad con la que se observa a un perro ladrar.

Ahora los microbios preocupan, el organismo como pura creación biológica ocupa el espacio completo, los síntomas se miden con un metro, la plaga parece un relato tan nuevo como siniestro, morir se transforma por fin en un verbo con carnadura, el contagio estigmatiza a quien toca, el cuerpo toma la apariencia de una granada; sólo basta accionar el mecanismo para que estalle en un centenar de proyectiles malditos y dañinos para quien se atreva a tocar. Nunca la enfermedad pareció importar y amedrentar tanto, excepto a veces, jamás la muerte se comprendió como tal, a excepción de esas veces.

⁴ Judith Butler ha desarrollado esta idea varias veces. En "Vulnerabilidad corporal, coalición y la política de la calle" (2017), puede leerse con claridad.

Aquello que se dice al pronunciar “enfermedad” en el marco de la narrativa actual, es decir, como subtexto de un relato que se titula siempre con el nombre del mismo virus, es casi igual a lo que se dice al repetir “amor” y ubicar sistemáticamente al vocablo como forma de mediar la circulación de algunos cuerpos. Por eso lo que le siga, lo que le otorgue continuidad a esa operación, necesariamente asumirá el matiz de esa modulación: El peso de la palabra recupera allí su estrategia ineludible de subjetivación.

Cuarentena para algunos, ASPO, para otros: Decisiones políticas estatales para marcar terrenos de convergencia y disputa, pero en los que, de una u otra forma, es “enfermedad” y su impronta mortífera el vocablo que articula.

Cuando a pocos días de finalizar el mes de marzo del año 2020 el Estado argentino dispuso, a través de una acción política federal, el aislamiento social como medida preventiva frente a la velocidad de propagación de un virus que afectaba y afecta al mundo, términos como pandemia y cuarentena comenzaron a hermanarse hasta adquirir, en algún momento, un comportamiento muy próximo a la sinonimización. Mencionar una u otra palabra parecía dar casi lo mismo para señalar cosas distintas pero emparentadas, y el asunto no pasaba precisamente por esa relación de parentesco, sino porque, en la expresión, el vínculo trocaba a endogámico, operando allí, en el exacto momento de la pronunciación, una imperceptible operación de fagocitación.

Identificar los miedos, angustias, desolaciones, tristezas, pánico y depresiones con una u otra cosa, como si fueran semejantes, supuso, y quizá aún supone, obliterar el detalle de aquello que se conjuga en el fondo, perder de vista la profundidad del río porque sólo se atiende al reflejo que devuelve la superficie.

Enfermedad y muerte, modulan de una manera allí donde se dice pandemia y lo hacen de otra allí donde se habla de cuarentena. Sólo si comprendemos esa modulación y las formas sutiles que puede adoptar ese dueto que empieza

y termina con “e”, advertiremos el peso del lenguaje y su sensible efecto de codificación; el engranaje que dispara la cámara para capturar la fotografía de la vida.

El uso tan extendido en el último tiempo de las siglas ASPO, para acortar la expresión “asilamiento, social, preventivo y obligatorio” y evitar con esto, probablemente, el empleo de la palabra “cuarentena”, refleja ahora un campo de disputa en que los vocablos en pugna compiten en el mismo desafío. Queda claro frente a esta terminología que de lo que se habla es de medidas de acción política, pero lo que continúa latiendo con astuto pulso débil debajo de esta fricción, es esa inscripción mortífera de la enfermedad, eso que está allí, en la base, aún cuando no se diga “pandemia” y entonces, no se piense de manera irremediable en la cercanía del cuerpo maltrecho y la proximidad de expirar. Otra vez se olvida el vocablo articulador, se lo relega...La pregunta se destiñe porque el terreno de interrogaciones se torna opaco y difuso.

Este texto pretende jugar con eso; no como un juego divertido y despreocupado, sino como una estrategia lúdica de desmantelamiento. De igual modo que si se tratara de levantar una a una las mamushkas superpuestas hasta encontrar, al final, la diminuta muñeca que ya no permite más descascaramientos.

Se trata entonces de preguntar(se), interrogar(se), cuestionar(se), hasta ubicar la relación de las palabras clave, y leer, por debajo de cada letra, la densidad del discurso que se pone a rodar en función de tal o cual contexto de pronunciación.

Me concentraré entonces en “amor” y “enfermedad” de cara a la coyuntura actual. Es decir, como palabras enfrentadas al contexto sanitario vigente y a los despliegues políticos propiciados por este. Intentaré detenerme en el relato circulante sobre el cual se plasman estos términos y adquieren, por efecto de emisión/receptación, un concepto determinado. Miraré de qué modo convergen esas narrativas en

algunes cuerpos y me preguntaré acerca de los feminismos y su potencia micropolítica para evidenciar dichos cruces. Auscultaré a lo largo del análisis el detalle de esas relaciones, y me atreveré, quizá, a sugerir alguna propuesta de análisis.

Creo necesario advertir que en este último caso -y esto es parte de un acto de honestidad hacia quien asuma la empresa de leer-, no brindaré fórmulas ni soluciones relativas al asunto; tal vez sí aproximaciones, pero no más. Tratándose este texto de un trazo de rutas inciertas que sólo pretende mostrar las carreteras olvidadas o por qué no, anuladas, la sugerencia final pretende, ante todo, habilitar la continuidad de esos rumbos.

Y es que a veces el asunto está en la pregunta, no por su contenido intrínseco, sino por el quehacer que supone. A veces la cuestión pasa por poder preguntar.

Este es un texto sobre la palabra y el lenguaje, sobre los modos cotidianos de tejer decires que nos ponen a decirnos y decir. Este es un texto sobre la forma y otras formas de hablar. Este es un texto para pensar.

II. Paternalismo y cuidado: Ahí donde respira el patriarcado

Sara aguarda el colectivo hacia el trabajo, ha pasado largo rato en la parada porque varios reclamos sindicales atrasaron la llegada del transporte. Mira nerviosa la hora en el teléfono móvil; un aparato obsoleto pero que cuida con celo porque sabe, ella sabe, que otra vez podrían robarle. También conoce la reprimenda de la patrona por demorarse, el suspiro desconfiado cuando le cuente los motivos del retraso, y hasta puede oír los comentarios del patrón tras la puerta entreabierta del comedor: “A esta negra hay que ajustarla, después te cagan, sos demasiado blanda...Le hacés mal”. No olvida al calcular el tiempo que si el marido de la patrona insiste con el ajuste y la impiedad el suyo también se ofuscará

cuando regrese, no entenderá que debió retornar más tarde por el asunto del transporte, mirará con recelo el teléfono para auscultar la “verdadera” razón por la que se ha demorado, y luego, después de las palabras duras y la cuota de menosprecio diario, le dirá que debe oírlo, que ese trabajo no es para ella, que está muy lejos, que mejor consiga otro más cerca, que es por su bien. También la patrona conversará por la tarde con su madre, como lo hace siempre, y le contará hablándole a la pantalla plana de su celular moderno, que otra vez le ha exigido sexo, que no quiere tenerlo, y que cuando viene Sara, la negra, la situación se pone más tensa. “Es por cuidarte”, le dirá su madre, “Por amor y por cuidarte, como lo hacía tu padre” Pensará por un momento en ella preparando la cena, ella alistando a sus hijes para ir al colegio, ella ocupándose de les niños de la patrona después del club, la patrona organizando el ambiente para que la casa huela mejor, la patrona mirando cuadernos y comunicaciones escolares a destiempo, ella y la patrona, la patrona y ella teniendo sexo para complacerlos. Cuando por fin pueda dejar la casa y otra vez se dirija a la parada, caminará con prisa, con el alma en vilo, acelerada la sangre; porque llega tarde, porque es un blanco fácil, porque la calle está plagada de uniformes azules que alguna vez oyó eran para ampararle, porque ni ella ni la patrona deciden cuándo y cómo, porque saben muy bien, lo saben, que cuidado y cuidar son palabras falaces, demasiado costosas pero inevitables.

Este relato ficcional podría encajar muy bien en cualquier escenario verídico. No es preciso reproducir aquí -y tampoco es necesaria la estadística-, las situaciones de violencia a las que centenares de mujeres en el mundo, y otras singularidades no hegemónicas, se encuentran expuestas a diario.

Sin dudas si añadimos a ello variables transversales como raza, religión, identidad cultural, disidencia sexual, diversidad funcional y clase social -por interseccionalizar sólo con algunas-, el contexto situacional se complique, pero aun así todos compartirán un lazo común: El ensayo casi lírico del cuidado

al que necesariamente deben sujetarse para no correr peligro, incluso cuando hacerlo implique por esa sola actitud transformarse en presas del peligro.

La narrativa del cuidado como discurso intersubjetivo, puede anudar diferentes tomas de sentido. Allí donde el nudo se ata puede ocurrir la opresión y el sometimiento, pero también acontecer un agenciamiento amoroso. No es la palabra sin porte la que impacta en una u otra dirección, sino el terreno de ponderaciones que la enmarca, ese lugar en el que proliferan discursos hegemónicos y, por defecto, se rechazan otros. Del mismo modo que con “amor” y “enfermedad”, “cuidado” es, para algunos casos, un mecanismo de control total.

En un libro conocido por buena parte del ámbito jurídico, Carlos Nino (2007) efectuó una serie de distinciones acerca de las teorías políticas que regulan la circulación social; lo hizo pensando en determinados derechos/garantías que probablemente una amplia mayoría podría considerar fundamentales: La autonomía humana y la dignidad.

No me detendré aquí en esos aspectos, creo que algunas de sus afirmaciones pasan “a vuelo de pájaro” y en esa bandada se dan por sentadas un par de plumas en las que podría resultar atinado reparar un poco más. Sin embargo, también creo que el texto de Nino resulta un buen manual orientativo para comprender ciertas cuestiones sobre liberalismo, paternalismo y perfeccionismo (las teorías políticas en cuestión); es precisamente en esas bondades en las que voy a reparar.

Simplificando en demasía sus explicaciones, podría asumirse que mientras el liberalismo rechaza cualquier tipo de intromisión en planes de vida personales que no generen daños a terceras personas no involucradas de manera autónoma en esos planes, el perfeccionismo, por el contrario, apunta a imponer aquéllos ideales personales que se consideran moralmente adecuados, independientemente de lo que las personas deseen y elijan en función de sus preferencias o

deseos singulares; razón por la cual su estrategia intrusiva resulta naturalmente autofrustrante.

En medio de estas dos posiciones -por ponerlo en términos sencillos- aparece el paternalismo. Sin dudas existen diferentes formas y tipos de paternalismo, pero lo que probablemente todas estas posiciones comparten es una idea nuclear, y esta idea señala que allí donde se imponen a las personas cursos de acción aptos para satisfacer sus preferencias de vida y planes libremente adoptados estaremos en frente de medidas paternalistas.

Estas distinciones no son menores, particularmente cuando cada posición encarna modelos ideológicos sobre los que reposa la acción política del Estado, y cuando sobre lo que discurren en el fondo es sobre el modo en que la autonomía y la libertad (incluso cuando esta última suponga un pacto sellado sobre una premisa ilusoria), pueden ser recortadas, o no, bajo un contexto discursivo u otro.

En algunas ocasiones no existen mayores dudas respecto al perfeccionismo, paternalismo o liberalismo de una determinada acción política. Condenar ciertas elecciones sexuales porque colisionan con una moral que observa con ojo pudoroso todo aquello que respira sexo, casi sin dudas encontrará sustento en un argumento perfeccionista, del mismo modo que no hacerlo porque se asume que esto integra las elecciones íntimas y libres de toda persona podrá entenderse desde una concepción liberal, o, en una especie de mix regulativo, brindar herramientas educativas para que les ciudadanos puedan elegir con amplio conocimiento sus formas de relación sexo-afectivas, justificarse desde una postura paternalista.

Pero el asunto se complica cuando el principio de daño o la plena capacidad deliberativa (autonomía), cual elementos centrales del liberalismo, se insuflan hasta alcanzar dimensiones insospechadas, y cuando la lógica del cuidado y la preservación tan características del paternalismo, extienden sus fronteras hasta lindar con recortes a la circulación que

amenazan de manera tangible aquel ámbito de la libertad que un paternalismo moderado probablemente no estaría dispuesto a invadir.

De esta manera, y así lo expone Nino en su texto, la vacunación obligatoria podría ser asumida como una medida política en nada reñida con una posición liberal⁵, por lo que también podríamos añadir en este sentido un sinnúmero de intermediaciones incluso más problemáticas. Llegaríamos de este modo a la delgada línea que separa la decisión de morir y vivir (suicidio) y que, desde una extralimitación del principio de daño o desde una restricción de la capacidad de autonomía, caería por el lado de la intervención estatal, sea fundándose en la evitación de un daño a las personas que integran la generación presente (por el impacto emocional ocasionado a los afectos más próximos) a quienes serán parte de la futura (para impedir la pérdida de una chance respecto a la continuidad de la especie humana), o, en la sospecha indubitada de la falta de capacidad mental para tomar “semejante decisión”.

También ejemplifica Nino el paternalismo no perfeccionista, es decir, hermanado con el principio de autonomía, a través de contextos de intervención destinados a desalentar aquellas conductas que, más cerca o más lejos, podrían interferir en la plena capacidad para optar libremente por planes de vida deseados. De este modo, la información propiciada respecto a los daños que genera el consumo de tabaco,

⁵ Como permite inferirlo su texto, la vacunación, cuanto más extendida, más evita la propagación de enfermedades contagiosas, y, por tanto, disminuyen las posibilidades de generar daños (contagio) a distintas personas (terceros), aun cuando quien deba vacunarse no se encuentre preocupado por enfermar. Este ejemplo, en una época pandémica como la que nos aqueja a nivel mundial, cobra una singular relevancia, no sólo porque son este tipo de coyunturas en las que la existencia de una vacuna mesiánica ocupa el centro de la expectativa, sino porque, además, nos enfrenta sin remedio al dilema de la vacunación en toda su dimensión y a la narrativa de la medicina occidental en toda su omnipotencia ¿Quién articula el discurso de la verdad? ¿Bajo qué formulismo científico interpretamos la dialéctica del daño a terceros?

cierta burocracia administrativa que suponga mayor esfuerzo para alcanzar estados civiles de alto impacto⁶, o incluso la punición de conductas autodañinas, que, de no existir esta amenaza, se realizarían quizá sin mayor reparo⁷, pueden ser entendidas según dicho autor como medias paternalistas compaginables con la autonomía individual.

Aquí también, al igual que en el liberalismo, la situación puede tomar otros ribetes. En efecto, echando mano al juego de la preservación y el cuidado para que la autonomía individual se despliegue al extremo de sus potencialidades, el Estado bien podría enrolarse en esta concepción política y hallar un centenar de justificaciones para legitimar intervenciones que, observadas en detalle, mantendrían relaciones problemáticas con el ámbito de la libertad personal. En esta trama, liberalismo y paternalismo parecen efectuarse guiños cómplices para maniobrar la defraudación con absoluta legitimidad.

Retornemos a la situación de Sara y aditemos a ello algunos componentes más.

Sara dependía un sinnúmero de cuidados al interior de su entorno afectivo, que si no son observados como obligaciones incuestionables resultan traducidos como derivaciones del amor materno o del compromiso conyugal. Existe un pacto inmanente en ese lazo que la ubica en el preciso sitio de la cuidadora. En la escena familiar Sara opera como el Estado que protege y resguarda las capacidades de su rebaño; Sara prepara el terreno para pastar, alimenta, cobija, se

⁶ Menciona aquí los trámites exigidos para contraer matrimonio o divorciarse, revelando, sin dudas, alguna posición personal en torno a la importancia de la célula familiar como unidad cultural relevante.

⁷ Nino destaca en este punto el castigo del desafío a duelo, y explica que de este modo se eliminan presiones que podrían llevar a tomar decisiones altamente riesgosas. Creo que este justificativo rumbea por lugares muy similares al de la punición de la ayuda al suicidio ¿Qué hay de malo, o de incorrecto, en colaborar con el plan de muerte de quien así lo desea? En la base, el liberalismo mesurado y el paternalismo no perfeccionistas, coinciden en la misma vertiente moralista; incluso sin consentirlo de manera expresa.

ocupa de que las cosas estén en su lugar. Al exterior, queda anudada a una relación laboral que reproduce aquellas funciones de cuidado: Sara soporta los reproches del patrón y la crítica de la patrona con la misma tolerancia con que recibe a les niñas al regreso del club, prepara la merienda y limpia la casa. Aprendió a cuidar y cuida, esa es su tarea y su misión.

Sin embargo, esa tarea y esa misión, no le permiten el acceso a deliberaciones en las que su deseo pueda traducirse de otro modo. Sara pierde frente a las exigencias del marido, pierde ante las valoraciones de sus patronas, pierde al caminar la calle, pierde, sin dudas, de cara a los uniformes azules, anida allí, en el centro mismo de su circulación, un paternalismo que penetró todas las fibras de la trama social, y que, en su caso, le convida la porción más mezquina del pastel. Sara recibe la peor parte de la torta y su patrona, aunque coma mejor, también queda excluida del festín.

En una secuenciación de opresiones de mayor a menor; el patrón, la patrona y Sara parecen repetir la escena de los explotados reflejada con sensible agudeza por Alice Rohrwacher en el filme “Lazzaro felice”⁸.

Desde la venta de su palacio, la marquesa observa la actitud de uno de sus explotados con respecto a Lazzaro - en este caso, el personaje central-. Analiza entonces, con un discurso poco afectado, el modo en que las relaciones de dominación se replican de arriba hacia abajo. Ella consume la estafa respecto a todos los habitantes de la aldea a partir del engaño sobre la posesión de las tierras que estos laboran; aquéllos, naturalmente explotados, articulan ese modo de relación en los cuerpos más débiles, o al menos, leídos bajo dicha impronta. La inocencia de Lazzaro de la que se vale un aldeano para colocar sobre su espalda el fardo más pesado, es la misma que utiliza la marquesa para cargar sobre el último la paga mínima por el sudor sin límites de días y años.

⁸ La película puede verse en diferentes plataformas digitales, fue estrenada en Italia en el 2018 y el mismo año obtuvo en el festival de Cannes el premio al mejor guion.

La pregunta es, frente a esta secuencia, a quién explotará Lazzaro, y, por extrapolación ¿A quién explotará Sara? ¿Cuál será su nicho de dominación?

La lógica oprimido/opresor, tan bien expuesta por Paulo Freire (1975) en su reconocida obra, cobra en este cuadro cinematográfico absoluta materialidad, y permite detenerse en esa costura impalpable a partir del cual se hilvanan bajo los magmas del cuidado y la protección las formas quizá más crueles de engaño y dominación.

Por eso resulta preciso regresar a la cuestión de la palabra, lo cual supone pensar en el lenguaje como dinámica de modulación y puesta en sentido de los vocablos que se montan bajo la lengua; no una lengua singular, sino mejor, una de tinte generalista, pero que sin embargo, del mismo modo que sucede con aquélla que emerge de una movimiento singular, tiene igual o superior capacidad de subjetivación.

Los roles asumidos por el liberalismo y el paternalismo como integrantes de la misma empresa delictiva -si decidimos ubicar aquí las reconfiguraciones adoptadas conjuntamente por ambos para extender sus posibilidades de intervención hasta lindar con el sometimiento y la opresión-, se hacen de un discurso no pocas veces seductor. Esto arrastra el efecto potente de la atracción convictiva, y, en ese terreno, las sutiles maneras de discriminación para colocar la carga más pesada en una u otra corporalidad, pasan, en el mejor de los casos, desapercibidas.

Por supuesto que esta es una de las tantas victorias del sistema capitalista mundial, el aporte convergente efectuado por liberalismo y paternalismo no hace más que reforzar el éxito alcanzado por un modelo que lleva decenas de años reinventándose, tanto como para producir sujetos de deseo y operar sobre esos materiales sensibles y etéreos como mercancías de valor e intercambio. El producto ya no es sólo lo que se vende en términos de objeto; aquél encadenamiento de cosas tangibles que anunciaban la felicidad a cambio de “un poco más”, ahora, además, el producto son los cuerpos

subjetivades, la manera de moldear sus circulaciones e intercambios como si se tratase de estatuillas de arcilla blanda, el modo de precipitarlos al temor y el desamparo, la manera de fragilizarlos y desorientarlos, las tácticas de corrosión y desgaste para que al final del camino no resulten más que figuras de una pintura plana, sin volumen, unidimensionales, necesitadas de cuidado y agradecidas de recibir a cuentagotas, su cuota de libertad y dignidad.

En el marco de una serie de conferencias brindadas en Brasil a lo largo de 1982⁹, Felix Guattari señaló conceptos e ideas muy interesantes en torno al Estado como productor de subjetividad y su participación en la producción de deseo.

Como dijo allí, todavía a varios años del momento presente:

El estado cumple un papel fundamental en la producción de subjetividad capitalística. Es un Estado-Mediador, un Estado-Providencia, por el cual debe pasar todo bajo una relación de dependencia en la que se produce una subjetividad infantilizada (...) Es un sistema de “salarios diferidos”; un sistema de subvenciones que hacen que el grupo se autorregule, se autoforme, se autodiscipline; un sistema de información, de examen, de control, de jerarquía, de promoción, etc. El estado es ese conjunto de ramificaciones, esa suerte de rizoma de instituciones que denominamos “equipamientos colectivos” (2019, 210)¹⁰.

Es a partir de aquí, y probablemente desde otras muchas cosas más, que puede pensarse en el Estado como productor del deseo. La “máquina deseante”, concepto tra-

⁹ Las conferencias en cuestión y otros aportes pueden verse en *Micropolítica. Cartografía del deseo* (2019) Texto escrito también por Suely Rolnik.

¹⁰ El año de la cita guarda relación con el texto consultado. La primera edición fue publicada en 2005, el libro fue reeditado en el año 2006 y en el 2013 y reimprimido en el 2017 y 2019.

bajado por Guattari junto con Gilles Deleuze, puede ser entendida como esa operatoria que visibiliza allí, en su funcionamiento, la inseparabilidad entre la problemática de la producción y la problemática del deseo: “El deseo corresponde con cierto tipo de producción y no tiene en absoluto nada de indiferenciado (...) El deseo tiene infinitas posibilidades de montaje” (2019, 350)

Precisamente por esto es que Guattari señala más adelante que, así como la sorpresa, la angustia, la voluntad de amar y de crear, deben encajar de alguna manera en los registros de referencia dominante, lo propio ocurre con el deseo:

Existe siempre un arreglo que intenta prever todo lo que pueda tener la naturaleza de una disidencia del pensamiento y del deseo (...) Todo lo que sorprende, aunque sea levemente, deber ser clasificable en alguna zona de encasillamiento, de referenciación (2019,61).

De algún modo esto también fue colocado en evidencia por Foucault (1976) al delimitar la noción de biopolítica a través del dispositivo de la sexualidad; palabras más palabras menos: No hay deseo inmanente, deseamos “genuinamente” lo que somos puestas a desear.

Por eso el liberalismo y el paternalismo se regodean en este charco de barro, igual que puercos gordos, disfrutan sin reparos la humedad y el hedor del lodo.

Bajo un lenguaje cuidadosamente articulado, la noción de libertad se recorta sin mayores reproches, el terreno de la autogestión se diluye para dejar espacio al de la autoconciencia dependiente sin que esto se entienda como una debilidad adquirida, sino mejor como una característica ontológica que el abrazo protector del Pater/Estado está dispuesto a conjurar.

Resultaría ingenuo continuar pensando en el Estado como un monstruo poderoso que levanta el látigo sin reparos para golpear al animal que se escapó del corral. Esta figuración, no poco extendida, sólo coopera para obturar cualquier análisis perspicaz y advertido, mas ubica otra vez a los sujetos cooptados en un sitio tan cómodo como ineludible. De lo que se trata, mejor, es de reconocer las formas sutiles de control y dominación, por eso vale lo de Guattari, lo que dijo en su momento Foucault, la construcción deleuzoguattariana e incluso los aportes de Nino, porque permiten pensar, de cara al contexto actual -y todavía más-, en el peso de la palabra, la estética del vocablo y las maneras de hacerse de estos materiales para ubicar en un campo de conectividades, coordenadas unidireccionadas a propósito de “amor”, “enfermedad” y “cuidado”.

Lo que intento señalar con esto, y vengo procurando hacerlo desde el inicio de este análisis, es que el detalle terminológico y la astucia conceptual que respiran bajo un discurso *delicadamente* seleccionado, justifica sin mayores inconvenientes esa empresa cómplice que el liberalismo y el paternalismo asumen para otorgar formato a la acción política del Estado.

Luego -o antes, en rigor-, lo que respira en la capa más interna del asunto es el patriarcado. Porque el asunto no es cuidar o amar, ni siquiera enfermar, la cuestión pasa por qué es lo que se dice cuando se dice lo que se dice a quien se dice, para que, al final, “diga eso”. Esta oración con apariencias de trabalenguas no hace más que revelar el enredo al que queda amarrada buena parte de la población, y, coetáneamente, las potencias que bajo esta discursiva se subvierten y modelan para poner a cuidar, amar o enfermar, como tareas mulas e indelegables o como peligros inmediatos que refuerzan la idea de proteger y ser protegidos casi sin pensar.

Podría asumirse, de algún modo, que lo que acontece aquí es la perversidad del cuidado.

Sara cuida, provee, protege, alimenta, resuelve, acuna, apaña, pero esta fuerza no recibe como contraprestación el reconocimiento de su potencial, no regresa convertida en una advertencia de su energía para deconstruir el espacio hostil que la sujeta, e integrar, con otras, un movimiento de fuga que postule un modo distinto de administrar al mundo. Por el contrario, lo que regresa a Sara es el peso del yugo, la lógica de la opresión constante, la oferta de una salida que sólo será viable si consigue rearticular hacia abajo esa lógica que la oprime. Lo que se le devuelve, es la certeza de la debilidad de su existencia, la necesidad de contar con la aprobación, la urgencia de evitar el ojo vigilante, de hacerse invisible. Y no como estrategia de escape, sino como parte de un comportamiento necesario si es que acaso quiere recibir algo de cuidado.

¿Si esto no es perverso, entonces qué es?

III. Epidemia, pandemia, cuarenta, aislamiento, peligro, alerta, no tocar ¿¡Qué más!?

No es sencillo auscultar el significado de un término cuando se pretende eludir, o al menos esquivar un poco, el repetido camino de codificación del lenguaje.

Está por un lado el lexicón repleto de un centenar de reglas y definiciones, que, en el caso del español, suma un sinnúmero de artificios más.

Está por el otro la finura de la palabra entendida sin intermediaciones enciclopédicas, sin la urgencia del trazo regulativo, aunque también sujeta de algún modo a la densidad del vocablo, ese que ha sido plasmado en el diccionario y que responde a cierta convención cultural. Parece entonces que aun cuando se intente la travesía de conversar sin manuales, irrumpe el lastre de la normativización lingüística, y es allí donde la duda acerca de la genuinidad de lo dicho adquiere una latencia ineludible.

Por eso, quizá no esté tan mal -sino es que acaso constituye un acierto-, tomar un poco de lo escrito por la academia de la lengua respecto a determinados términos y otro poco de aquello que en la circulación social lo redimensiona.

En el idioma a través del cual fuimos colonizados y mediante el que resultó amputado nuestro dialecto nativo¹¹, “epidemia”, en su primera acepción, se define como una “enfermedad que se propaga durante algún tiempo por un país, acometiendo simultáneamente a un gran número de personas”, en tanto “pandemia” se describe como una “enfermedad epidémica que se extiende a muchos países, o que ataca a casi todos los individuos de una población o región”. Frente al contexto mundial actual, alcanzado por la peste del coronavirus, estos términos han adquirido indiscutible actualidad, y probablemente una amplia mayoría coincidiría en reconocerles cierta familiaridad, incluso no está de más señalar que también han aparecido algunas otras nominaciones¹².

También este idioma tiene un lugar en su libro de experticia *vocabularia* destinado al significado de la palabra cuarentena. Aquí las definiciones proliferan, tanto como para

¹¹ Las definiciones que a continuación se transcriben han sido tomadas del *Diccionario de la lengua española*, 23.^a ed., [versión 23.3 en línea]. <https://dle.rae.es>, consultado el 11/10/2020.

¹² Así, Richard Horton, editor jefe de la revista de medicina *The Lancet*, recurre al término “sindemia” acuñado en los 90 por Merrill Singer para unir los conceptos de sinergia y pandemia; esto es: dos o más enfermedades que interactúan de forma tal que causan un daño mayor que la mera suma de estas dos enfermedades. Horton sostiene que la enfermedad ocasionada por el coronavirus interactúa con otras enfermedades no transmisibles (como diabetes, obesidad, o patologías coronarias, por ejemplo) en un contexto social y ambiental signado por la inequidad, a lo que el mismísimo Singer ha añadido “se ve un índice desproporcionado de resultados adversos en comunidades empobrecidas, de bajos ingresos y minorías étnicas”. Por extensión, estos expertos han sostenido que una solución exclusivamente biomédica contra el coronavirus fracasará, puesto que la clave anida en políticas estatales que luchen seriamente contra la desigualdad, y por decantación, eliminen las peores condiciones de salud integral a las que se ven expuestas las comunidades más empobrecidas y excluidas. Recuperado de <https://www.cronista.com/internacionales/El-coronavirus-ya-no-es-una-pandemia-por-que-algunos-expertos-creen-que-ahora-es-una-sindemia-y-que-significa-20201010-0014.html>.

abarcas desde un peine de telar con 4000 hilos hasta las cuarenta partes iguales en que se divide un todo¹³, en el medio, es decir, entre el peine y las porciones de la torta, cuarentena se lee como el “aislamiento preventivo a que se somete durante un período de tiempo, por razones sanitarias, a personas o animales”¹⁴. Esta es, sin duda, la noción que mejor funciona como correlato político de los conceptos que albergan los vocablos epidemia y pandemia, y que arrastra, del mismo modo que un aluvión arrasa la tierra al convertirla en barro, la re-significación y re-escritura de palabras tan procaces y tan temidas como peligro y aislamiento. Es aquí, precisamente aquí, donde el diccionario revela su regusto a poco y su urgencia de algo más; eso que late intersubjetivamente, de manera inter-corpórea, contextual, y obliga entonces a leer el término sin prescindir de su academicismo, pero asumiendo que esto, por sí solo, no alcanzará.

Cuando a tres cuartos de marzo del año 2020 se anunciaron en Argentina medidas de asilamiento, social, preventivo y obligatorio para paliar los efectos generados por la propagación del coronavirus -una plaga que a ese tiempo ya cursaba el nombre de pandemia-, ese cuarteto de términos anudados bajo las siglas ASPO y que, iniciáticamente, fueron agrupados bajo la sombra de un paraguas conceptual con nombre de cuarentena, cobró una significación especial, diferente incluso al que podría corresponderles con una ligera lectura de corrido. Lo que comenzó a terciar allí, en la base de esas nociones, fue la gravitación de la palabra, otra vez la estética del vocablo se impuso mediante sus puestas de sentido. Eso ha continuado hasta el presente, y, probablemente, sin desconocer las acciones políticas adoptadas por cada Estado en diferentes partes del mundo, se replique en cada una de estas latitudes; justo ahí, donde lo que articula el

¹³ Estos significados corresponden a la segunda y novena acepción de la palabra

¹⁴ Esta es la definición que comprende la séptima acepción.

discurso son un sinnúmero de gestualidades y guiones narrativos prestos a vaciar o llenar de significado cada expresión.

¿Qué es lo que jadea, con intensidad monstruosa, en la base de estas nominaciones? ¿Cuál es la bestia que habita en el fondo? ¿Cuál el punto de convergencia que eriza la piel y pone la sangre a palpitar cuando se las nombra como se las nombra?

Hay un relato que grita miedo en ese lugar donde se nombra la enfermedad -no cualquiera, *esa*-, y para ser expulsado con la sonoridad irrenunciable con la que es puesto a rodar, se apoya en mojones lingüísticos; sensibles postas de letras anudadas que dibujan mediante su musicalidad la intensión de cada palabra.

La enfermedad es “la enfermedad que asusta” porque si no mata, culpa. Ese es el sintagma que articula subcutáneamente una forma de modular el peligro para robustecerlo de contenido conceptual. Peligro es peligro al contagio seguro, peligro es peligro a la muerte inminente, peligro es peligro a dañar al otro, peligro es peligro a respirar, a salivar, a conversar, a mirar sin anteojos, a tocar sin guantes. El peligro está en el cuerpo, en su circulación, por eso aislamiento muta sin reparos a confinamiento; la ensalada de palabras ha sido servida en la bandeja del miedo, allí se ve como conjugan los ingredientes: Pandemia, cuarentena, aislamiento y peligro en sus diferentes tamaños y porciones aparecen sazonados con suficientes cantidades de “cuidado”, ese que narra la bonita ficción de la protección y que, en su envés, alerta con fuerza: ¡Cuidado! No tocar.

¿Quién se encontraría en condiciones de asumir que no somos peligrosos? ¿Alguien podría consentir de manera razonable que la vida social se encuentra exenta de riesgos? ¿Existe acaso quien crea, concienzudamente crea, que la interacción individual está marginada de contagios, daños, lesiones, dolores, angustias y pesares? Vamos a la caza del bienestar absoluto pero sabemos que esa búsqueda es una pieza teatral. La precariedad de la existencia, en su sola

esfera física, está demostrada con creces, y la complejidad del lazo social nos anuncia de entrada que esta historia de interacciones nos arrimará momentos hermosos, encuentros amorosos, placeres deleitables, pero también tristezas, duelos y malestares.

Esto no es nuevo, sin embargo ahora, bajo el relato del miedo/cuidado, la enfermedad enferma más, el peligro es menos potencia que materialidad, la muerte está medida en centímetros -ya llega, es cuestión de medio metro nada más-, y las subjetividades se reinscriben en términos de individualidades solitarias, lanzadas a terreno impío, fragilizadas, vulnerabilizadas, sin más recursos que el grito de auxilio, el pedido de resguardo que el buen *pater* liberal estaría dispuesto a gestionar.

Sara ha perdido su empleo, la patrona le dijo que mejor ya no fuera, que se quedara en casa, por lo menos por un tiempo hasta que la peste mermara, y que no iba a pagarle por nada, por un trabajo sin ejecutar. Puertas adentro, con las persianas bajas, el marido regresa tarde porque a él si se le ha permitido trabajar; tiene permiso, puede caminar la calle con la papeleta habilitante, llegar a cualquier hora, accionar el mecanismo de la cerradura, correr las cortinas y ponerse a gritar; como siempre, gritar iracundo, intramuros, entre esas paredes que todo oyen pero nada dicen, y menos ahora que cada quien se quedó inmóvil en su lugar. Ahí, en ese sitio que alguien decidió llamar hogar, Sara cobija la vida que aún respira. Cocina con sobras, con restos, ensayando todos los días un invento. Friega el piso y desinfecta el baño con esmero y ahínco, cumpliendo a rajatabla los protocolos de higiene y cuidado. Remienda con una aguja torcida las camisas rotas y los pantalones descocidos. Ausculta en su celular gastado y viejo -contabilizando con ajustado cálculo los créditos que le permiten hacerlo-, las tareas escolares que ahora llegan por arte y magia de la virtualidad. Acoge a la crianza por la noche, cuando el marido se pone nervioso

y le pide besos melosos, después un abrazo, más tarde sexo, pero sabe evitarlo, conoce como demorarlo hasta que les niñas acunen el sueño. Sara espera los billetes raspados del marido enojado e impotente de rabia para salir a comprar, aguarda la bendición de un nuevo permiso para respirar la calle, recorre un rosario de rezos inciertos creyendo en un dios que también, sí tam-bién, la venga a cuidar. Sabe que la casa no es lugar seguro pero acepta que debe esforzarse por preservar la paz, lo aprendió de la patrona. La vio llorar en los rincones de las enormes habitaciones la humillación de la bronca, el desprecio del abandono, la tristeza del desamparo. La vio aguantar y sostener murallas a cambio de cuidado y protección. La vio ceder, soportar, enfurecerse y callar, para después, al rato, volver a aguantar. Ella y la patrona, la patrona y ella, irremediabilmente inscriptas en la comedia doméstica de la tutela infinita, esa que no cuenta ni se cuenta, que no vale, que se debe, que siempre deja un saldo por tapan. La peste las ha tocado de cerca y el confinamiento que arrastra todavía más, no hay salida para esas cuerpos lanzadas sin reparo al terreno del amor perverso que impone cuidados obedientes y sujeciones abandónicas. Esa es la porción que se les da.

¿Por qué este relato? ¿Por qué otra vez Sara y por qué la patrona? ¿Por qué reanudar el ciclo de esta historia ficticia, pero no irreal, después de conjugar la terminología del miedo con la de la enfermedad, la del aislamiento con la del peligro? Todo, en un contexto cruzado de cabo a rabo por una peste de alcance mundial.

Es que parece que tal como ocurre con la versión sacrificial del amor, la enfermedad que asusta y su lastre, no modulan del mismo modo para les cuerpos anotades en esa dialéctica del cuidado heroico. Hay un juego siniestro en esa carrera de doble velocidad, y la coyuntura pandémica, junto con sus bemoles biopolíticos, intensifica estos dos acordes en los que la palabra “cuidado” impone obediencias mulas

bajo el mismo encadenamiento silábico con el que somete a protecciones tiránicas.

Lo que intento señalar con esto es que esa alianza paterno-liberal que supura bajo la histórica matriz patriarcal, encuentra en el actual terreno pandémico-cuarentenal el hábitat casi perfecto para germinar la resignificación del lenguaje junto con sus vocablos esclavizantes; ahí, justo ahí, es donde amor y cuidado se engarzan como la otra cara de culpa y temor, son los dos lados de la misma moneda, que lanzada al aire, caiga como caiga, dirá una cosa para resignificar algunas subjetividades y sentenciará distinto cuando de otras se trate. Y es que el asunto pasa, como ya he dicho, “por lo se dice para quién”.

Las chances de narrar una historia distinta, para Sara, para la patrona -y para cualquier corporalidad que pueda acogerse a este relato de una u otra forma-, son escasas sino nulas en un entramado socio-organizativo que legitima, bajo la tintura política que sea, la idea de Estado protector. Y no por la protección como acción política colectivamente autogestionada, sino por la impronta conceptual otorgada a esta noción; un trazo sin mediaciones, sin posibilidades de fuga, sin apertura hacia otras lógicas de cuidado y preservación, sin intención de articulación con gestiones micropolíticas y experiencias basadas en el detalle amoroso, sin espacio para que les cuerpes se asuman frágiles pero al mismo tiempo potentes.

Parece entonces que no es la enfermedad y la muerte lo que pesa sino la desazón y la derrota, sobretodo cuando el kilaje lingüístico del discurso se ensaña con aquellas singularidades históricamente puestas a obedecer y cuidar; esas que como he dicho, lo hacen por débito y entienden que quien debe no tiene derecho a reclamar.

Esta es, sin dudas, una época en la que la narrativa del miedo/cuidado ha cobrado una fuerza sideral. La enfermedad desborda por donde se mire, sino cargamos con la peste en nuestra sangre porque así lo ha determinado un examen

médico o lo ha decidido, por decantación, una proposición ineludible (si A tiene la peste y B está con A, B también la tiene), igualmente estamos enfermes. En la calle, en la casa, en la cama, en el barrio, en el olor, en el contacto visual, en el gusto y el sabor, en la distancia, y en la proximidad, se respira enfermedad. El lazo social está herido, profundamente lastimado, y entonces, ya hemos enfermado.

La enfermedad emerge así casi como el estado de normalidad, una normalidad que duele y ahoga, como habitualmente ocurre con esta matriz de codificación, sólo que ahora parece molestar, resulta incómoda, ha tomado un matiz que le hace decir cosas que asustan e importan, por eso el cuidado es necesario, obligado, y por eso el miedo tiene que estar presente a cada minuto, es preciso no olvidarlo, porque si lo hacemos, quedaremos al margen de la lectura normalizadora¹⁵, todavía más fragilizades y aún más vulnerables

Entre la culpa y el temor se macera esa idea opresiva de protección, y del mismo modo que “amor” adquiere una densidad precisa para apuntar a ciertas subjetividades, “cuidado” narra una leyenda que opera de manera idéntica cuando se trata de estas. Por eso Sara y la patrona, y otras tantas, se encuentran y convergen bajo la sombra de la misma higuera; la precisión del vocablo las atrapa y mientras la dialéctica no se subvierta quedarán anudadas a un discurso que moderadamente mata.

Y es que se puede morir sin mayor revuelo, sin grandilocuencia, se puede morir de a poco, se puede morir y continuar latiendo, sangrando, estando; viviendo. Hay vidas que no importan y muertes que no cuentan, la virtud necropolítica del discurso sabe cómo valerse del lenguaje y hacia donde apuntar, por eso, quizá, la salida comience por destejerlo todo, o cambiar de materiales para ponerse a hilar.

¹⁵ O “moralizadora” que para el caso da igual.

IV. Tejer palabras con otra lana: Quizá la salida nunca fue tan feminista

En una recopilación de textos un tanto apresurada, pero no por ello desechable, diseñada a poco de comenzar este tiempo de plagas¹⁶, leí una nota de opinión de María Galindo¹⁷ a propósito del coronavirus, el miedo a enfermarse y la erosión del lazo social. Entre mis compañeras feministas la nota causó posiciones encontradas, aplausos y rechazos, aprobación y descuerdo; como resulta visible, lo que no generó fue tibieza y desinterés¹⁸.

Galindo titula su proclama (porque la nota o artículo se parece a eso, una alocución) echando mano a una palabra potente y disruptiva “Desobediencia”, y la anuda a la noción de “supervivencia”, infundiéndole de este modo al primer vocablo un lugar central. La desobediencia parece cobrar en la escritura de Galindo la materialidad de una personificación, y al leer sus expresiones se advierte prontamente que no imprime al personaje una connotación negativa, sino, por el contrario, la perspicaz belleza de una fuerza subversiva.

Los primeros tramos de la nota se dedican a definir al coronavirus, la autora señala allí un par de cosas con respecto a la afección otorgándoles tintura política a cada una de las descripciones efectuadas, y revelando, como anticipo, que

¹⁶ Me refiero a *Sopa de Wuhan. Pensamiento contemporáneo en tiempos de pandemias*, publicado por ASPO en marzo del 2020 y de extendida circulación digital.

¹⁷ María Galindo es una activista feminista boliviana, integrante de diferentes colectivos y ligada al arte performativo como parte del quehacer político. En el texto que utilizo escribe, claramente, desde una posición social situada

¹⁸ La nota se titula “Desobediencia, por tu culpa voy a sobrevivir”, fue publicada originalmente en Radio Deseo, espacio que la autora codirige, y cedida por esta a “#Apocaelipsis”, un ámbito de reflexiones estructurales frente al coronavirus promovido por el sitio “La Vorágine. Cultura crítica”. Para mayor detalle puede verse <https://lavoragine.net/apocaelipsis/>.

ella también -aun cuando según parece la enfermedad no ha entrado en su cuerpo- “tiene coronavirus”¹⁹.

Refiere así en algunos párrafos que el coronavirus es²⁰:

Un miedo al contagio.

Una orden de confinamiento, por muy absurda que esta sea.

Una orden de distancia, por muy imposible que esta sea.

Un permiso de supresión de todas las libertades que a título de protección se extiende sin derecho a réplica, ni cuestionamiento.

Un código de calificación de las llamadas actividades imprescindibles, donde lo único que está permitido es que vayamos a trabajar o que trabajemos en teletrabajo como signo de que estamos viv@s.

La eliminación del espacio social más vital, más democrático y más importante de nuestras vidas como es la calle

El dominio de la vida virtual [y] la militarización de la vida social.

Un arma de destrucción y prohibición (...) de la protesta social, donde nos dicen que lo más peligroso es juntarnos y reunirnos.

Tras esto Galindo se dedica a cuestionar las acciones política emprendidas en su país, pero permite leer por debajo,

¹⁹ Porque tal como manifiesta “gente amada la tiene; porque el coronavirus está atravesando ciudades por las que he pasado en las últimas semanas (...) Donde pises está, donde llegas ha llegado antes y nada se puede hoy pensar, ni hacer, sin el coronavirus entre medio. Parece ser que no solo yo tengo coronavirus, sino que lo tenemos todas, todes, todos; todas las instituciones, todos los países, todos los barrios y todas las actividades” Creo que lo que Galindo refiere aquí articula sin inconvenientes con lo que he señalado en el apartado anterior; hacia donde vayamos y en donde estemos respiramos enfermedad, nos encontramos irremediablemente enfermos porque esa es una narrativa casi imposible de evitar.

²⁰ Las expresiones han sido transcritas como versos para otorgar a la reproducción cierta cadencia literaria; esto en modo alguno ha alterado el contenido e intencionalidad del texto.

al margen de las particularidades de cada gobierno y territorio, que el discurso colonial nos ha penetrado, invadiendo de inseguridades nuestra circulación, sometiéndonos a la bondad mezquina del Estado patriarcal; allí donde se nubla toda posibilidad de gesta comunitaria, donde la medicina se apoya en el químico y en la industria farmacológica, donde la debilidad de la carne es el triunfo de la dominación, y donde las rutas para ganar salud se encuentran trazadas en el mapa del capital, obliterando cualquier rumbo que habilite a dibujar coordenadas de-sujetadas de la lógica neoliberal.

Creo que lo que señala Galindo, o lo que habilita a reflexionar aquello que señala, rumbea por el peso de la palabra. Podrá consentirse sin reparos lo que dice, podrá admitirse con reservas e incluso rechazarse, pero lo que no se puede negar es que la cadencia de su discurso revela sin dobleces las modulaciones del lenguaje para legitimar algunas acciones y deslegitimar otras. El texto permite pensar en la elegancia del discurso para hacerle notar a ciertos cuerpos y las subjetividades latentes, el modo en que tienen que andar.

Coronavirus es aquí mucho más que el nombre de una plaga mundial, la superación con creces de la nominación de un virus. Coronavirus es, en la expresión de Galindo, el rótulo incuestionable de un ejercicio político, la herramienta perfecta para neutralizar el ensayo de experiencias audaces, porque “miedo”, “peligro”, “culpa” y “desprotección”, se alinean sin inconvenientes bajo ese nombre, expulsando la audacia al terreno de: “si algo malo nos sucede, lo habremos merecido y nadie nos podrá cuidar”.

Entonces señala la autora una forma de escape, una salida:

Nuestra única alternativa real es repensar el contagio. Cultivar el contagio, exponernos al contagio y desobedecer para sobrevivir. No se trata de un acto suicida, se trata de sentido común. Pero quizás en ese sentido común esté todo el sentido más potente que podemos desarrollar. ¿Qué pasa si decidimos

preparar nuestros cuerpos para el contagio? (...) ¿Qué pasa si ante la absurda, autoritaria e idiota respuesta estatal al coronavirus nos planteamos la autogestión social de la enfermedad, de la debilidad, del dolor, del pensamiento y de la esperanza? (...) ¿Qué pasa si nos organizamos socialmente? (...) si nos preparamos para besar a los muertos y para cuidar a las vivas y los vivos por fuera de prohibiciones (...) ¿Qué pasa si pasamos del abastecimiento individual a la olla común contagiosa y festiva como tantas veces lo hemos hecho?

Aunque Galindo no lo señale de este modo, alcanzo a leer en su proclama, en la fuerza irreverente de sus expresiones, que la desobediencia que propone no es un acto desesperado y ligero, sino antes bien un plan. Sí, la rebeldía huele aquí a organización colectiva y no a una de cualquier clase, sino a esa que las mujeres de su tierra han sabido, cada vez, frente a cada momento adverso, edificar. Lo que yo creo es que la activista y la escritora está señalando sin dobleces que la salvación es feminista, irremediablemente feminista.

Aunque los feminismos son muchos, y esa es precisamente la riqueza del movimiento²¹, existe una extendida idea -particularmente anudada a los feminismos de corte liberal-, que proclama la reivindicación del lugar de las identidades feminizadas a partir de su retiro de la escena doméstica; esto, a fin de ocupar más y mejores lugares en el espacio público.

Entiendo que la mayoría de las feministas coincidiríamos, prima facie, con este posicionamiento. No puede negarse que las mujeres y todas aquellas singularidades no hegemónicas, han resultado históricamente desplazadas del

²¹ Lo pongo en estos términos porque tal como ha sido resaltado por no pocas feministas, los feminismos en su diversidad implican una construcción epistemológica que hunde sus raíces en la militancia. No se trata de armar teorías abstractas y remotas, sino mejor de construir formas de interpretar al mundo desde situaciones sociales situadas.

terreno público, relegadas a funciones minoriles y muchas veces infantilizada. Tampoco es desconocido en este sentido el razonamiento que inspiró a la filosofía occidental, de fuerte sesgo masculino; el propio Kant llegó a identificar la Ilustración como la salida del hombre de su estado de minoridad autoculpable, colocando en la noción de “hombre” un sujeto masculino, ario, socialmente acomodado e intelectualmente reconocido, por nombrar sólo algunos atributos²².

Abrir el juego para que las mujeres, y otras, pudieran irrumpir en la esfera pública y visibilizar sus batallas, también implicó una apertura de la política y sus arenas más arduas, esto aparejó ganancias incuestionables y ha servido, cada vez, para reanudar la operación y reivindicar más derechos y accesibilidades.

Sin embargo, quedarnos con este relato sin dilatar los poros de su narrativa, resulta, cuanto menos, pegarse a un discurso ineludiblemente reduccionista, y asumir el riesgo, sino la certeza, de reproducir la escena opresiva del modelo capitalista. En rigor, lo que termina aconteciendo es la legitimación por inversión de los roles dominatrices, es decir, ese movimiento circular que sólo refuerza la matriz de normalización, la explotación de la carne y, particularmente, la expulsión de cualquier desplazamiento apto para cuestionar la iteración de la vieja disputa entre lo público y lo privado.

¡Cuidado! Consentir esto último en modo alguno supone acogerse a la novela rosa de la princesa que calzó en la horma o que acusó sensibilidad al guisante²³, mucho menos admitir la expulsión de las identidades feminizadas (o no hegemónicas) de la escena política y de sus formas de construcción. Asumirlo, implica repensar lo intimista, el poder de la gestión amorosa, la manera de romper con los amarres paternalista, la forma de remodelar el lenguaje que nos subjetiva. Aceptarlo, impone meditar concienzudamente acerca de

²² Para mayor detalle al respecto puede verse Femenías (2002).

²³ Me refiero los clásicos literarios *Cenicienta* y a *La princesa del guisante*.

los esquemas de administración del dolor y la enfermedad, preguntarnos acerca de la economía del cuidado, reivindicar por fin estas tareas, la gestualidad implicada en estas funciones. Repensar quiénes, ancestralmente quiénes han cuidado, y, por fin, modelar una política nueva, distinta a todo lo clásicamente vivido en materia de Estado.

En un bello texto escrito al calor de los acontecimientos de su tiempo y de su tierra, Silvia Ribera Cusicanqui apuesta a la posibilidad de un mundo ch'ixi²⁴, lo hace pensando en las fibras de una sociedad extendidamente mestiza pero que, no por ello, debe renunciar a la factibilidad de replantear una cultura en la que la potencia de lo nativo, lo visceral, logre gravitar con más fuerza que la tintura colonial²⁵. Lo hermoso de su figuración es que lo ch'ixi alude, como señala, al gris jaspeado, y cuando lo dice pinta la imagen de un inmenso telar repleto de diversos hilos. Ch'ixi se pronuncia con una "e" una "j" y otra "e" después de la "ch", su fonía rima entonces con tejer.

Se teje con las palabras, se anudan letras para pronunciarlas y luego; se teje a dos agujas, a punto arroz, fantasía o santa clara, una bufanda de expresiones largas. Se teje en el telar de los encuentros genuinos y potentes, donde articulan ecologías y economías distintas, donde lo colectivo no es un mensaje ordinario y progresista sino una afectación de los cuerpos, un plan con carnadura, una forma de organizar el mundo ... Tu mundo, nuestro mundo.

También el Estado liberal y paternalista sabe tejer; conoce la técnica. No le faltan lanas y le sobran hilos para convertir una madeja de historias en una única, verídica, y persistente manera de organizar y poner a rodar las cosas. Los tradicionales y renovados modos de gestión del capitalismo, no están al margen de la técnica del tejido, por eso, el asunto,

²⁴ Así lo plantea en *Un mundo ch'ixi es posible Ensayos desde un presente en crisis* (2018)

²⁵ Cusicanqui habla y reflexiona desde Bolivia, pero su pensamiento puede extenderse, sin inconvenientes, a buena parte de la experiencia latinoamericana.

no pasa por el ejercicio de articulación entre la aguja, el telar y la lana, la cuestión transcurre por la materia presta a ser hilada y por las combinaciones que finalmente se obtengan con la materia seleccionada.

Las mujeres, les cuerpos gestantes y las identidades no hegemónicas, llevamos tatuada en la piel la leyenda del cuidado. Por años, hemos aprendido a cuidar. Cuidamos por obediencia y mandato, pero también por ese detalle amoroso que se nos ha transmitido de manera sensible con cada gesto, cada caricia, cada aroma, cada humedad. Cuidamos incluso sabiendo, cual expertas por experiencia, que esas funciones sólidas y potentes se encuentran obliteradas de toda escenografía política, marginadas de cualquier modo de organización social que pretenda surcar la tierra que se extiende más allá y menos acá de las fronteras domésticas.

Hemos oído centenar de veces cuánto se pondera ese trabajo, pero, seguidamente, el peso de la palabra dolosamente direccionada, ha puesto esa tarea en el lugar del amor, para señalar que allí donde se ama, se sacrifica la carne y se domina el alma. Cuidado ha sido para nosotres una palabra chicata, con dificultades ópticas, obliterada y clausurada de toda posibilidad de mejora, relegada al ajuste periódico del aumento de las gafas recetadas para remendarla.

Cuando la enfermedad lo tiñe todo y el miedo impera, “cuidado” aparece de nuevo como el envés de esa alianza paterno-liberal opresiva que refuerza las lógicas patriarcales y, aunque algunos perdamos más que otros, al final, nadie gana.

Mientras Sara aguarda en la infinita fila desplegada tras la puerta del hospital la chance para acceder a un examen que le revele si la peste finalmente le ha tocado, piensa que su piel dura y resistente ha soportado peores demoras, incertidumbres más largas, pero que ahora, por alguna razón, la soledad le agujerea con más fuerza el estómago y la garganta. Hace días le habló la patrona para pedirle que se examinara...Tiene que regresar. Le contó que ella también se hizo

la prueba; Sara sabe que la patrona, seguro, no debió esperar igual. Habrán llegado a su casa un par de expertos vestidos de astronautas para auscultar si en su cuerpo anidaba la plaga; sin embargo, aun así, la patrona también le dejó sentir su miedo. La fila está poblada de cuerpos flacos y debilitados, rostros de ojeras pronunciadas, vientres hinchados, bocas de dientes rotos y manchados, espaldas encorvadas por un peso que no se ve pero se delata. En el barrio de la patrona también se producen demoras, los expertos a la carta llegan con tardanzas y la espera vacía y solitaria tras las paredes de la habitación ensombrecidas con cortinas pomposas y pesadas, troca a una agonía lenta y desesperada. En la hilera y el barrio, en el cuadro de la pobreza o en el fresco de la abundancia, no hay lugar para la pregunta ni la puesta en cuestión, con hambre o el estómago lleno, con calor o con aire acondicionado, sólo existen desechos humanos, singularidades fragilizadas, abatidas, desorientadas. De una u otra forma Sara y la patrona continúan aguardando esa protección foránea que nunca ha llegado como esperaban, que día tras día, una vez y otra más, las ha involucrado en el relato hostil y mezquino del cuidado. Lo mismo ocurre con la larga fila a las puertas del hospital y con la inconmensurable espera tras los marcos coquetos del ventanal. No hay un Estado que cuida, hay un cuidado que podría refundar un Estado.

Cuando el coronavirus comenzó a azotar al mundo, y más tarde, en este país que habito, se dispuso una cuarentena severa que como chicle se fue estirando varios meses hasta perder, por ese mismo efecto, algunas de sus propiedades primigenias; entendí que nos encontrábamos irremediable desarmados, astutamente desarticulados; en rigor, terriblemente individualizados.

El individualismo es, por naturaleza, peligrosamente contagioso. Te quedas ahí, a las puertas de cualquier movimiento que pueda comprometer, si quiera hacer cosquillas, a la tranquilidad de tus músculos. Si A no se mueve B tampoco, y por añadidura C, D, E y todas las restantes letras del alfabeto

que comúnmente utilizamos hacen lo mismo. La quietud se transmite con rapidez, por simple operación de repetición, no es necesario el estornudo, ni la lágrima, tampoco el tacto, basta con mirar, sólo mirar, para mantenerse estáticx.

La densidad del vocablo puede y triunfa ahí, donde sólo conviven individuos, personas armadas con girones de un lazo caóticamente fracturado. Habitamos un territorio repleto de cuerpos que hieden soledad, ignorantes y debilitades, alineades a una experiencia grupal inexistente, porque en ese terreno de muchas, cualquiera es une. No hay vivencia colectiva, lo que se ha nombrado con ese nombre es un engaño, una estafa magistralmente diseñada; la palabra mercenaria lo sabe: Con la cosmética del lenguaje se puede dominar el alma.

El discurso hegemónico clava su daga en el centro del corazón dolido y maneja con solvencia los conceptos, para decir en lenguaje *paterno* que cuidar y cuidarse es obedecer y callarse, mantenerse en pose de estatua, correr las cortinas o bajar las persianas, soportar el desdén y tachar con el pecho cerrado, obturado, los días que faltan en el calendario. Agradecer, siempre agradecer, mirar al piso, nunca de frente, aceptar la tarea mula, someterse a la economía esclava, desarmar cualquier circulación callejera, filtrar cada idea por la nube de la pantalla. La habilidad del poder no reside entonces en quien lo tiene sino en quien sabe que lo posee.

Recodifiquemos el lenguaje, hagámonos de otra lana, tejamos una manta distinta, ponderemos las funciones de cuidado que históricamente hemos aceptado, pero con otro matiz, otro perfume, otra textura. Ensayemos el salto, brinquemos del escenario y subvirtamos el decorado, coloquemos al público en otro cuadro, nos mezclemos con los espectadores para sentir su olor, y veamos qué sucede cuando quien debiera actuar observa. Rompamos el cerco que separa lo íntimo de lo ajeno, lo inmanente de lo trascendente.

Existe una fuerza ancestral que delicadamente enhebra la trama en la que germina nuestro huerto feminista. No hay

lugar allí por el pánico ni para la desesperación, no hay espacio para la angustia del abandono ni para la desolación que debilita, no hay sitio para la desesperanza ni para la derrota que enferma.

No hay *pater*; en ese huerto las salidas son cosa de otro orden.

Bibliografía

- BUTLER, JUDITH (2017) “Vulnerabilidad corporal, coalición y política de la calle” pub. en *Nómadas*, núm. 46, abril, pp. 13-30. Bogotá. Colombia.
- CUSICANQUI RIVERA, SILVIA (2018) *Un mundo ch'ixi es posible Ensayos desde un presente en crisis*. Tinta Limón. Buenos Aires. Argentina.
- FEMENÍAS, MARÍA LUISA (2002) “Contribuciones de la teoría de género a la antropología filosófica” pub. en *Clepsydra*, 1, enero, pp 31-45, La Plata. Argentina. Recuperado de <https://www.ull.es/revistas/index.php/clepsydra/article/view/246>.
- FOUCAULT, MICHEL (1976) *Historia de la Sexualidad I. La voluntad de saber*. Gallimard. París. Francia.
- FREIRE, PAULO (1975) *Pedagogía del oprimido*. Siglo XXI. Madrid. España.
- GALINDO NEDER MARÍA (2020) “Desobediencia, por tu culpa voy a sobrevivir”, pub. en “#Apocaelipsis”, *La Vorágine. Cultura crítica*. 26/03/2020.
- GUATTARI, FELIX, ROLNIK SUELY (2019) *Micropolítica. Cartografía del deseo*. Tinta Limón. Buenos Aires. Argentina.
- NINO, CARLOS SANTIAGO (2007) *Ética y Derechos Humanos. Un ensayo de fundamentación*. Astrea. Buenos Aires. Argentina.